

La Novela Film

Núm. 85

30 cts.



Lo que puede una mujer
por Eleanor Boardman, Matt Moore

VIGNOLA, Robert

LA NOVELA FILM

Redacción Lauria, n.º 96

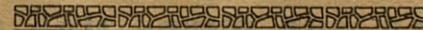
Administración BARCELONA

Año II

N.º 85



LO QUE PUEDE UNA MUJER



Original comedia dramática, interpre-
tada por

ELEANOR BOARDMAN

MATT MOORE, etc.

(THE WAY OF A GIRL, 1925)

PRODUCCION

METRO GOLDWYN

• • •

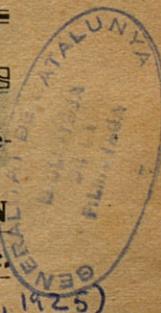
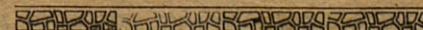
EXCLUSIVA DE

METRO GOLDWYN CORPORATION

• • •

Rambla Cataluña, 122

BARCELONA



LO QUE PUEDE UNA MUJER

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Hagan el favor de penetrar con nosotros en la casa de un escritor de argumentos para el cinematógrafo. Estamos en Hollywood. Todo respira arte y llega a nuestros sentidos el perfume de las magníficas estrellas.

Encontramos al escritor preocupadísimo.

—¿Qué le sucede?—le preguntamos.

—Nada, señores; que la Compañía me marea.

Y nos lee una carta.

Dice así:

*Señor don Alberto Shelby LeVino
Presente.*

Muy señor nuestro:

Sentimos manifestarle que ninguno de los cuatro arreglos hechos por usted para la re-

presentación de "Lo que puede una mujer" es aceptable. Necesitamos que el nuevo manuscrito se halle en nuestro poder dentro de cuarenta y ocho horas.

Queremos que las situaciones dramáticas tengan gragejo exento de vulgaridad; ternura sin ridículas sensiblerías; amor sin arrebatos de pasión.

De usted attos. s. s.

Metro - Goldwyn - Corporation.

—¡Caramba! Es exigente la casa. Comprendemos la desanimación de usted—le decimos a guisa de aliento.

—Acaben ustedes de leer la carta. Hay una post-data.

Seguimos tomando conocimiento del escritor. Vean lo añadido:

Si cree usted que el elegir la actriz a la que haya de encargarse de representar el primer papel facilita su tarea, queda autorizado para hacerlo.

—Esto nos parece muy bien—comentamos.
—Y a usted?

—Desde luego... Voy a probar otra vez... Háganme el obsequio de dejarme solo... Necesito reconcentrarme, desaparecer en mí mismo para encontrar una buena solución... Gracias por su visita... Adiós...

Salgamos... Allí estamos de más...

Al quedar solo el literato, reúne sus recuer-

dos y pasea su espíritu por las artistas conocidas. Fulana, zutana, mèngana... ¡Ah! ¡Qué sorpresa! He aquí que, de súbito, un rostro lindísimo se le aparece como por encanto.

—Buenos días, amigo mío—parece decirle la muñequita surgida de la nada.

—¡Hola! Tú eres Eleanor Boardman, ¿eh?

—La misma. Usted me llamó.

—¿Que yo te llamé? ¡No lo habrás soñado?

—Usted pronunció mi nombre.

—Ciento... pero como aludí a tantas... Sin embargo, era a ti a quien me interesaba hablar. Me ayudarás, ¿verdad? Sí... Me parece que tú serás la elegida, encantadora estrellita.

—¿Y por qué he de ser yo la que cargue con el muerto?

—No exageremos, niña; el drama o la comedia o lo que sea está muy vivo y únicamente hace falta que tú le traigas buena suerte.

—Está bien, pero tendrá usted que escribir algo interesantísimo, archiconmovedor, muy movido, lleno de sal, y me dejará en libertad para elegir al actor que haya de representar conmigo.

—No tengo inconveniente. A ver, ¿te gusta éste?

—No; parece que anda montado en un par de zancos. Lo quiero buen mozo, pero no tanto.

—¿Y éste?

—Ay, no, no, esconda usted eso pronto!

—Fíjate en el que ahora llega.

Unas manos se agarran fuertemente al carro de la máquina de escribir del autor de argumentos, y a poco se ve un rostro varonil muy simpático. Eleanor Boardman sonríe.

—Matt Moore, ¡este sí que me conviene!— exclama. Y se saludan los dos compañeros de profesión.

El autor se frota las manos de gusto, y comienza el nuevo argumento.

Tic, tic, tic, tic...

—No oyen ustedes el teclear del inspirado escritor?

Acaba de dar cima a un subtítulo. Dice así:

El amor, primavera eterna del alma a la que sigue tarde o temprano la triste caída de las hojas en el helado y eterno otoño de la desilusión.

—¡Qué bien le ha salido!, ¿eh?

Sigue la farsa.

Vestíbulo. Aparecen los novios en la escalera. Se besan.

Trasladémonos a la pantalla, y “filmemos” el argumento.

En su casa, Rosamunda, una linda doncella, conversa con Jorge, su pretendiente.

Se aman con delirio, tanto, que piensan casarse. ¡Ay! Cambian el primer beso... y luego otros. El padre no sabe nada aún. Jorge, de acuerdo con Rosamunda, se decide a hacer la

petición de mano al jefe del tesoro que anhela.

El muchacho, que es tímido, vacila; pero ella, que es muy moderna, le empuja. Ya se halla delante del que con una palabra puede matar o dar vida a sus ilusiones.

—¿Qué le trae a usted aquí?—le pregunta el buen señor.

—Pues... yo... ¡sabe?... Tengo el honor de... pedirle la mano de su señorita hija.

—¡Ah!, ¡sí?... Lo que tiene usted es mucho valor.

—Dispense usted... pero... si le he ofendido...

—No, hombre, no; no se asuste. Le he dicho que tiene usted mucho valor, y agrego ahora que le hará mucha falta.

—Por qué, señor?

—Mi hija vale mucho, pero al que se case con ella le costará bastante trabajo hacer respetar su autoridad de marido.

—¡Bah! Eso no me preocupa.

—No?

—No, señor. Mi padre me decía siempre que la mujer es como el caballo: sabiéndose uno imponer desde el primer momento, todo va bien.

—No está mal la observación.

—El hombre que, desde un principio, sabe imponerse en su casa y hacerle comprender a la mujer que él es quien manda, lleva ganada la partida.

Rosamunda ha oído la conversación que han sostenido su padre y su novio, y cuando éste se separa de aquél, sale de su escondite y le dice a su dulce tirano:

—Parece que tu futuro yerno entiende mucho de mujeres y de caballos.

El padre, compadeciendo para sus adentros a Jorge, que ha tenido la desgracia de que Rosamunda le haya estado escuchando, responde, sonriendo maliciosamente:

—De caballos puede que entienda, pero lo que es de lo otro...

Rosamunda fragua un plan para contrarrestar la opinión de su novio, y está segura de vencer.

—Conque la mujer es como el caballo, según él, eh? Sí, sí, ¡ya le enseñaré yo quién es el borrico!—exclama. Y lo hace con tal energía, que nos disponemos a asistir a grandes cosas.

El torneo comienza aquella misma noche. Jorge compró entradas para un teatro; Rosamunda quiere ir a ver un asalto de boxeo, y Jorge va a donde quiere Rosamunda.

Dos recios luchadores se disputan un campeonato. El acaloramiento del público es mayúsculo. Se sucede cada escena cómica, que no es menester ir a un teatro. Allí podría encontrar materia el más meticoloso escritor. Ved a esa muchacha que masca goma y que

grita como un energúmeno para que el que lleva ventaja en la lid acabe de una vez con el adversario. ¡Muy pintoresco!

Rosamunda no tiene otra idea en la cabeza que fastidiar a Jorge, e incita a la querella a un vecino que sigue el combate con extraordinario interés.

—Oye, Jorge, este tío me está molestando con sus gritos y sus gestos.

Jorge llama al orden al exaltado.

—Si no le gusta a usted el bullicio—responde el interpelado—, váyase al cementerio, que los muertos no hablan.

Jorge es pacífico. Quiere evitarse líos.

—Vámonos ya, Rosamunda, que con lo visto basta y sobra.

Ella se niega, para mortificarle.

—Pero si todavía no le ha puesto fuera de combate...

Y desde este momento se interesa por la pelea como el más vehemente espectador. Jorge está que trina. Ahora es ella la que molesta a los demás. ¡Oh, mujeres, mujeres!

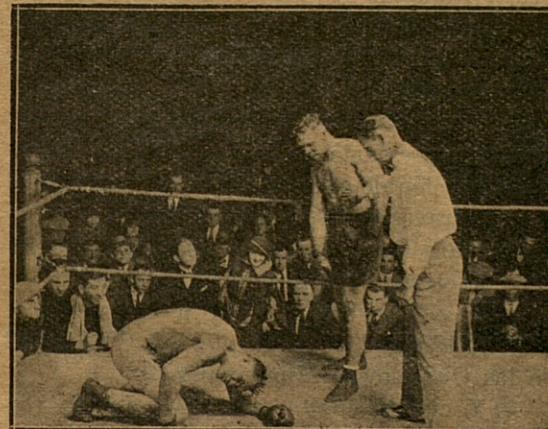
Al poco rato, el molido boxeador se da por vencido, y el local, en medio de una algarabía fenomenal, se desaloja de alborotadores. En algunos grupos hay reparto de mamporros, porque ha de haber siempre alguien disconforme con el fallo de los jueces.

Mientras los novios regresan a casa de Ro-

samunda, ésta se propone demostrar a Jorge que no ha de ser él quien pueda imponérsele.

—Corres demasiado—le advierte el joven.

Y ella obedece de tal manera, que redobla la velocidad, dando por resultado, su loca carrera, la persecución de un motociclista, de vigilancia en aquellas calles.



Ahora es ella la que molesta a los demás.

Alcanzado el automóvil por el policía, éste entrega a Rosamunda un billetito para que vaya a visitar al Juez.

Jorge, que previera la multa, objeta a su novia, para que otra vez no le desobedezca:

—¡Te está muy bien empleada esta denuncia!

Rosamunda se rebela, y manda a paseo al policía, que en tan mala hora se presentaba a dejarla en ridículo delante de Jorge.

Pero los encargados del cumplimiento de las ordenanzas de tráfico no son amigos de bromas, y Rosamunda tiene ocasión de saberlo.

—Ahora mismo la voy a llevar a usted al Juzgado para que le enseñen a respetar a la autoridad.

Y quieras o no, la muchacha rebelde es conducida a presencia de la justicia.

La emoción de comparecer ante la autoridad por contravenciones a los reglamentos no es nueva para Rosamunda. El Juez, que la reconoce de otras veces, pronuncia su sanción:

—Ha contravenido usted a los artículos 15572, 21909, 69069, 47791, 79453, 88761 y 32 de las Ordenanzas Municipales.

—Y cuánto cuesta eso, señor Juez?—responde Rosamunda tranquilamente.

El Juez es muy severo. Las reincidencias de la atolondrada automobilista claman un castigo más eficaz que el de las multas.

—Qué edad tiene usted?

—Hace falta que lo diga?

—No; tanto como falta, no; pero tendrá usted esa misma edad y diez días más cuando salga de la cárcel.

La noticia deja helada a Rosamunda. ¡Qué bromitas las del magistrado!

Un carterista, que esperaba su turno con otro del oficio, susurra al oído de éste:

—Si a esa rosita de mayo la condenan a diez días, ya podemos prepararnos para acabar en la cárcel lo que nos quede de vida.

Rosamunda está disgustadísima.

Jorge se acerca a hablar al Juez en pro del perdón para su novia.

—Es sólo una niña aturdida, señor Juez. ¿Por qué no la deja en libertad bajo mi custodia?

El representante de la justicia es también padre, y fué asimismo novio. Comprende el buen deseo de Jorge, y tras de cambiar algunas palabras con él, le dice a Rosamunda:

—He resuelto dejarla en libertad provisional bajo la custodia de su prometido.

La solución no le parece de perlas a la muchacha, que pregunta:

—Quiere eso decir que tendré que obedecerle en todo lo que me mande?

—Ni más ni menos, señorita.

—Oh! ¡Prefiero la cárcel!

Jorge no vuelve de su espasmo. ¡Qué cariñosa la novia!

El carterista de marras le daría de buena gana, a la joven, un puñetazo en la nariz.

—Esa muchacha es tonta de capirote—murmurale a su compañero.

El Juez ordena que conduzcan a Rosamunda a una celda, y para consolar a Jorge, le da esta esperanza:

—Ya verá usted cómo cambia de parecer apenas esté presa una horas.



—¡Oh! ¡Prefiero la cárcel!

La celda elegida para que Rosamunda cumpla su condena parece desierta, pero no lo está. En el camastro superior duerme, roncando horriblemente, una mujer repugnante muy amiga de Baco.

Rosamunda estaba siempre ávida de emo-

ciones nuevas, pero las que experimentaba en aquellos momentos, a pesar de ser novísimas, distan mucho de entusiasmarla.

Los sonoros resoplidos de la alcohólica la ponen nerviosa.

—¿Quiere usted hacer el favor de no roncar?—le dice, despertándola energicamente.



Los sonoros resoplidos de la alcohólica la ponen nerviosa.

La cliente de la habitación gratuita no toleraba consejos ni mucho menos imposiciones de nadie; y sus palabras siempre herían.

—Oiga, niña; yo he roncado hasta en la

Cárcel Modelo, y no sé por qué no puedo roncar aquí—le responde indignada.

—Es que no puedo dormir. Si no cesa de roncar, avisaré al carcelero para que la cambien.

—¿Qué dice usted? Ven acá, preciosa, que yo haré que concilie el sueño.

De un salto, la grosera mujer hunde sus manos en los pelos de Rosamunda, y ésta recurre a su defensa, sacando fuerzas de flaquezas, derribando de un soberano empellón a su contrincante, que va a rodar junto al camastro inferior, dándose un golpe tan tremendo en la cabeza que la manda por unos instantes al paraíso...

Pero Rosamunda, espantada, grita que la saquen de su encierro, y en este instante aparece Jorge detrás de las rejas.

—Sácame de aquí, por lo que más quieras; te prometo ser muy formal!—le suplica con toda su alma.

Jorge hace el serio, aunque arda en deseos de recuperar a su adorada.

—Tentaciones me dan de dejarte donde estás—le contesta.

—¡Oh, Jorge, no seas malo con tu nena!

—¿No se te ocurrirá más querer ir a ver asaltos de boxeo?

—No.

—No andarás por ahí en el automóvil como

alma que lleva el diablo, ni te empeñarás en hacer nuevas travesuras todos los días?

—No, no. ¡Ay, Jorge de mi alma, sácame de aquí!

—Bueno, vamos... Pero si me desobedeces...



El escritor tiene la mesa llena de puntas de cigarrillo. En su fiebre creadora se fuma hasta los dedos.

Hace una pausa, para encender una pipa.

Eleanor Boardman surge de detrás de la máquina de escribir, y le dice, con visible enojo:

—Pero, hombre, ¿no quedó convenido que era yo quien lo iba a poner a él en su sitio? ¿Por qué me ha obligado usted a prometerle sumisión?

—Ten paciencia, hijita, ya te llegará la hora. Por lo pronto, vete a casa.

Obedece la linda mujer, y el literato se hunde de nuevo en su tarea.

¡Una gran idea para un subtítulo cortito pero expresivo, y sobre todo nuevo!

¿Cuál?

Ya está: "A la mañana siguiente".

Rosamunda recibe una tarjeta de Jorge, en la que éste le escribe lo siguiente:

Nada de encuentros de boxeo.

Nada de correr en automóvil.

Nada de travesuras.

Tesoro mío:

No te enfades porque te recuerde tus promesas. Jorge.

—Sí, ¿eh?—se dice ella, recordando que es mujer.

Al poco, Jorge le telefonea.

—Rosamundita, tengo entradas para la función de esta noche. Iré a recogerte.

—Pero, Jorge, esta noche es el Baile de los Artistas.

—He dicho que tengo entradas para el teatro. ¿No me has oído?

—Sí... pero yo te he contestado que debíamos ir al baile...

—No, no... iremos al teatro.

—No seas así, Jorge; mira que el baile promete resultar muy lucido y no debemos perder esa ocasión.

—Lo siento muchísimo, Rosamunda, pero tú no irás a ese baile.

—¿Qué dices? ¿Qué atrevimiento es ese?
¡Yo haré lo que me parezca!

—Oye, oye... No olvides que te pusieron en libertad bajo mi custodia y que has de hacer lo que yo te mande.

—No puedo permitirte que me hables en ese tono, ¿lo oyes? Y no iré contigo al teatro esta noche. ¡Ni una palabra más!

Interrumpe la comunicación. Jorge queda consternado. Su novia es de pronóstico. Si no la quisiera tanto...

A solas con su despecho, Rosamunda se hace una promesa.

—¡Iré al baile, claro qué iré! Ese Jorge es un infame, un borrico... ¡creer que puede manejarme a mí como a una esclava!

Y Rosamunda cumple su palabra.

En el Baile de los Artistas triunfa el modernismo, y los cubistas, futuristas... y juerguistas procuran presentarse como si fueran una de sus propias "creaciones" ¡Bendito Dios, cuánta tentación!

Un dominó negro se pasea melancólicamente por los pasillos. Busca a alguien. Al fin da con el objeto de su ansiedad. Este es Rosamunda, bellísima en su albo atavío de diosa de las perlas, y aquél Jorge, el buenazo de Jorge.

—¡Te gusto, Jorge?—pregúntale ella, orgullosa de que él haya ido allí en su busca.

—No estoy aquí para divertirme, Rosamunda. Supuse que me habías desobedecido, y vengo a rogarle que me sigas a casa. Ponte el abrigo, y vámonos.

—No puedo irme. Me han proclamado reina



—Iré al baile, claro que iré! Ese Jorge es un infame...

de la fiesta.

—No puedo consentir que la que ha de ser mi esposa sea reina en una fiesta en que la ropa de las mujeres es tan ligera. ¡Te obstinas en quedarte?

No puede terminar la frase. Rosamunda, requerida por su corte de honor, pues iba a dar principio la fiesta, se separa de él, y apenas se sienta en el trono, al lado del Rey, que tiene toda la apariencia de un Faraón, irrumpen en el local la policía, que había tenido conocimiento de que en él se escarnecía a la moral.



—Te gusto, Jorge?

Entre la confusión, Jorge consigue tomar en sus brazos a Rosamunda, y se abre paso hasta la salida, huyendo del peligro en su automóvil, diciéndole a la rebelde:

—Tu padre me dijo que celebraría mucho que me casara contigo, pero ahora mismo voy

a entregarte a él y manifestarle que declino el honor.

—Está bien. No esperaba más de ti. Esa es toda tu galantería.

—¡Qué galantería ni qué ocho cuartos! Tú me tomas el pelo, y eso no se lo consiento ni a mi peluquero.

• • •

Trescientas cincuenta y tres puntas de cigarrillos había desparramadas sobre la mesa del escritor. El respaldo de su sillón servía de punto de apoyo a infinidad de telarañas. El desorden en el peinado del bohemio indicaba el nerviosismo de que era presa. ¿Qué pasaría ahora?

Eleanor Boardman se le aparece de nuevo.

—Y ahora, qué hago yo?

—Calla, entrometida. Déjame hacer a mí.

—Es que yo no dejo de ser yo aunque me maten. Se lo advierto para su gobierno. Si trata de hacerme quedar mal, no sigo interpretando el papel de Rosamunda, ¿lo oye?

—Déjame en paz, mujer, y vuelve a escena tranquila.



—No puedo irme. Me han proclamado reina de la fiesta.

Al amanecer, Rosamunda y Jorge iban camino del pabellón de caza que el padre de ella tiene en la montaña, y Jorge se siente aún completamente dueño de la situación.

—Tengo heladas las manos, Jorge.

—Siéntate encima de ellas.

—Muchas gracias... chascoso...

Pero Rosamunda ha visto una luz de cariño en los ojos de Jorge, y convencida de que a pesar de todas sus travesuras, el hombre sigue como un perrillo a la mujer amada, le prepara otra broma.

Sigue devorando kilómetros el automóvil. Rosamunda deja caer un efecto suyo en la carretera, y le dice a Jorge que se lo vaya a buscar. Jorge se apea del coche, y mientras retrocede a pie hasta donde se halla lo que se le ha caído a Rosamunda, ésta, apoderándose del volante del *auto*, lo pone en marcha abandonando a su prometido.

—¡Eh, Rosamunda! ¿Qué broma de mal gusto es ésta? —grítale Jorge.

Pero Rosamunda no da oídas a su exclamación, y desaparece de su vista a la vuelta del camino.

Maldiciendo de su suerte, Jorge echa a andar carretera adelante, y aprovecha el paso de un Ford, para rogar a su dueño que le conduzca a la cabaña de caza del padre de Rosamunda.

Entretanto, Rosamunda, pecando de exceso de velocidad, calcula erróneamente un viraje, y se precipita por un talud, desvaneciéndose por efecto del brusco choque con la tie-

rra. El automóvil, volcado, ha sufrido serios desperfectos.

Un par de vivos, ocultos en una covacha formada por el cuenco de una roca, han presenciado la caída del coche, y se apresuran a apoderarse de la muchacha, a la que transportan a su guarida.

Esos sujetos están reclamados por la justicia. He aquí copia del bando publicado por la autoridad, y que uno de ellos guardaba como amargo recordatorio de sus malandanzas:

CINCO MIL DOLARES

se darán a quien entregue vivo o muerto a cualquiera de los dos prófugos de presidio, números 19687 y 19688 que se escaparon dos días antes de la fecha señalada para la ejecución.

Esos dos hombres eran unos malhechores de cuidado, pero uno de ellos, como el buen ladrón y el mal ladrón que vieron a Cristo en la cruz, tenía mejor fondo que su compañero, y si bien al contemplar a Rosamunda, bellísima criatura que les ofrecía en su inconsciencia alguna muestra de sus suaves formas, se sintieron ávidos de sus caricias, el mal ladrón —así le llamaremos en adelante— quiso abusar en el acto de la situación...

—Déjate de tonterías si no quieres que a uno de los dos tengan que seguirle causa por otra muerte —dijo el buen ladrón.

Rosamunda, al despertar, se encuentra ante

aquellos hombres de rudo aspecto, y su terror no conoce otro igual.

—¡Oh! Déjenme salir de aquí.

Es inútil que pretenda ablandar el corazón de los evadidos de presidio. Uno y otro la desean, a su manera. El buen ladrón pone en su sentimiento el deseo de conquista a fuerza



—Déjate de tonterías si no quieres que a uno de los dos tengan que seguirle causa por otra muerte.

de persuasión; en tanto que el otro acecha la oportunidad para saciar sus infames apetitos de un modo u otro.

Rendida por la agitada jornada, Rosamunda se tiende en un lecho. Los dos ladrones se vigilan mutuamente. El peor de los dos siente bullir en sus venas su sangre asesina. ¡Es tan seductor aquel cuerpo que se adivina debajo de las ropas de abrigo!

El buen ladrón se rasura para causar mejor impresión que al principio a la "invitada", y se pone sus mejores prendas de vestir.

El mal ladrón contempla a su socio con rencor, y dispuesto a no dejarse usurpar el derecho a la atrayente joven.

En tanto, Jorge, angustiado por que no ve aparecer por ninguna parte a Rosamunda, y no concibiendo que lleve su broma al extremo de no volver a recogerle en mitad del camino, presiente el accidente que le ha ocurrido a su prometida, y no tarda en descubrir, con el dueño del Ford, el automóvil volcado en el fondo de la hondonada.

—¡Dios mío!, ¿se habrá matado?

Como no la encuentra, sigue, solo, la huella de los pasos de los criminales, a la par que grita con todas sus fuerzas el nombre de la amada.

—¡Rosamunda! ¡Rosamunda!

El mal ladrón había intentado llevarse a Rosamunda aprovechando una corta ausencia de su compañero, pero al sorprenderle éste, se entabla entre los dos una ruda lucha, que la

codiciada muchacha presencia sin poder intervenir en favor de ninguno, pues está atada de pies y manos y amordazada.

El buen ladrón se defiende, y merece ganar la partida; pero el otro es más bruto, y acaba con su vida.

Rosamunda pide al mal ladrón que la mate



—¡Dios mío!, ¿se habrá matado?

también y en aquel instante, los gritos de Jorge llegan a oídos de los dos; cobrando ánimos la muchacha.

El mal ladrón se refugia en la covacha, a la que llega Jorge a riesgo de su vida.

Rosamunda no puede avisar a Jorge que la

traición acecha; pero como el joven está armado, logra poner a raya al mal ladrón.

De pronto se oye un estampido horrisono, y un desprendimiento de tierras sepulta la covacha con los tres seres dentro.

—¡Se ha derrumbado medio monte!—clama amedrentada Rosamunda, estrechándose con-



El buen ladrón se defiende, y merece ganar la partida; pero el otro es más bruto...

tra el pecho de Jorge.

La situación es muy crítica.

Jorge descubre que hay una salida fácil de descongestionar del montón de piedras acu-

mulado en la misma, y se esfuerza en abrirse paso.

En esta operación se le cae el revólver.

El mal ladrón está a punto de cogerlo, pero Rosamunda se anticipa. Sin embargo, aquél no pierde de vista el arma, y como la muchacha tiembla...

El autor del argumento se duerme. Está agotado. Ya no tiene ni cigarrillos ni tabaco para la pipa. Las telarañas toman posesión del despacho sin pedir permiso ni llamar a la puerta. La atmósfera está irrespirable; apesta a colillas. Una parte de la mesa de trabajo parece un inmenso pastel de cumpleaños con varios millares de velitas, pues el literato ha tenido la precaución de colocar las puntas de los cigarrillos boca arriba.

¿Qué sigue?

Eleanor Boardman aparece por cuarta vez. Está lívida. La situación no es para reírse.

—Ya nos tiene usted enterrados vivos con un asesino—le dice—. ¿Qué hacemos ahora?

—Tu deber es salvar al hombre que amas... y salvarte a ti misma. Vuelve allá y mata a

ese salvaje. Pero me parece, ese, un recurso muy gastado.

—Ya ha escrito usted bastante y hay que ponerle punto final.

—Está bien. Si tan lista eres, tráeme aquí al héroe del drama y dime cómo hay que terminarlo.



...y se esfuerza en abrirse paso.

Rosamunda vuelve a la covacha, y ¡pam!, derriba para siempre al mal ladrón.

Y vamos al final.

—Ya estamos aquí Matt Moore y yo, es decir, Jorge y Rosamunda. ¡Nos abrazamos para demostrar que nos queremos más que nunca

y que vamos a ser muy felices?—pregunta ella al autor.

—¡Claro! Si eso es lo que tú deseas... Pero no así... No seáis tímidos, hijitos... Acercaos... Más... ¡Más cerca!... Así... ¡Que aproveche!... ¡Eh!!! Vaya, concluid pronto, que el público quiere retirarse.

Pero el beso no se acaba nunca. ¡Qué ansiosos!

Y he aquí una película más.

FIN

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN
REVISADO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

Pida usted LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRÁFICA
BIOGRAFÍA DE «ESTRELLAS» DEL CINE
Números publicados. — 1, Alice Terry; 2, Rodolfo Valentino; 3, Lillian Gish; 4, Antonio Moreno; 5, Gloria Swanson; 6, Tom Mix; 7, Viola Dana; 8, Milton Sills; 9, Raquel Meller; 10, Harry Carey (Cayena); 11, Dorothy Dalton; 12, Douglas Mac Lean; 13, Norma Talmadge; 14, Rod La Rocque; 15, Pola Negri; 16, Lewis Stone; 17, Constance Talmadge; 18, Tom Moore; 19, Shirley Mason; 20, Max Linder; 21, Priscilla Dean; 22, Sessue Hayakawa; Próximo número: jueves, Bebé Daniels.

SU REVISTA PREFERIDA PUBLIC CINEMA

De venta en todos los Kioscos y Librerías

PRÓXIMO NÚMERO
LA SENTIMENTAL NOVELA

El Cortijero

PROTAGONISTAS:

RENÉE ADORÉE
Y
PEDRO DE CÓRDOBA

GRANDIOSO ASUNTO

PRODUCCIÓN METRO GOLDWIN

32 PÁGINAS 10 FOTOGRAFIAS

PRECIO 30 CÉNTIMOS

POSTAL REGALO: MAE MURRAY

LA NOVELA FILM se pone a la venta en toda España los martes

Colecciones completas y números sueltos atrasados a precios corrientes, de venta, en LA SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA de LIBRERIA, S. A. Barbará, 10-BARCELONA, en sus Agencias de Provincias y en todos los Kioscos de España

La firma reputada de EDUARDO ZAMACOIS
avalora el número de **AYER Y HOY** que
se a puesto ha la venta hoy día 15 con un
admirable cuento titulado:

GLUK, EL PAYASO INIMITABLE

Y en el mismo número se publican, entre otros, los trabajos siguientes:

Las telefonistas, (interviú), por María Luz Morales.—**La inesperada felicidad**, (novela corta), por R. Brown.—**Bodas de oro**, (diálogo teatral), por Fanfreluche.—**Un idilio por teléfono**, (cuento), por Carlos Leyda.—**Por los caminos del mundo**.—**Cartas de Amor**.—**De la vida frívola**.—**Historia cómica**.—**El espectador frente al espectáculo**.—**Chistes y caricaturas**.—**Novela cinematográfica**.—**Modas**.—**Desportes**.—**Página infantil, etc.**
Corazones de Hielo, (novela de aventuras), por James Oliver Curwood.

OCHO PAGINAS GRAFICAS

No deje usted de comprar el magazine-revista
AYER Y HOY, todos los martes.

176 páginas!

